

Sistematizar el pensamiento de Clarín no es fácil, pero en este punto se puede decir que su idea obedece a tres supuestos. El primero es que el dolor es la fuente del progreso: «Las naciones, como los individuos, progresan con el dolor...» El segundo es que la realidad es triste. El tercero, que el arte debe reflejar fielmente la realidad: «Las tristezas del mundo no nacen de las lamentaciones ni de las filosofías desesperadas, sino de la realidad misma.» «El pesimismo no consiste en reconocer desgracias, miserias, dolores, males particulares; en este punto, el optimista más alegre (y los optimistas pueden ser alegres y tristes) llegará tan lejos como Schopenhauer, si es fiel observador de la vida y sabe sentir y comprender.»

Estas ideas influyen, naturalmente, en sus valoraciones críticas. Así nos explicamos los elogios que prodigó al libro de poemas de Federico Balart *Dolores*, más conmovedor biográficamente—refleja el dolor por la esposa muerta—que artísticamente: «Aquí hay un corazón de veras que sangra sangre verdadera en la soledad de una tristeza que no espera ni admite consuelo humano.» Así nos explicamos también su crítica a *Insolación*, de la Pardo Bazán, a la que calificó de «boudade pseudoerótica de la ilustre dama»: «No hay pesimismo, no hay sarcasmo implícito en esta historia de aventuras indecentes y frías, sosas y apocadas; hay complacencia, casi alegría.» La falta de objetividad de esta crítica es evidente no sólo para los que conozcan la obra criticada, sino para cualquiera que advierta los supuestos desde los cuales se ha criticado. Y aquí estamos rozando el inconveniente del que hablábamos al comienzo, y al que me voy a referir brevemente, porque a un libro hay que juzgarlo por lo que es y no por lo que nosotros pensamos que debía ser: echamos de menos una crítica de la crítica, o, si se prefiere, una valoración de Clarín en la que quedasen de manifiesto sus aciertos y sus errores.

Creo que, dado el conocimiento que demuestra el autor de la obra de Clarín y de los estudios relacionados con el tema, hubiera sido muy útil una de estas dos cosas: o una estructuración de su pensamiento estético para que el crítico actual pudiese juzgar por sí mismo de la pervivencia de sus teorías, o un juicio valorativo del autor, que, dada su documentación, sería digno de todo crédito.

La idea que tenemos de Clarín al terminar este libro es la de un hombre cuyos conocimientos literarios eran muy superiores a lo que era habitual en su época, que hizo de la crítica un medio de elevar la cultura literaria de sus contemporáneos, y estuvo acertado generalmente en la valoración y el juicio sobre novelas. Tuvo algunos grandes aciertos y muchos errores e inseguridades en el enjuiciamiento de poetas y dramaturgos, pero estos errores y esta inseguridad son justi-

ficables y disculpables. Acerca de los supuestos en los que se basaba su crítica, sobre su pensamiento estético, no tenemos ideas claras. Y no es que el autor no hable de ellas; se indica su ascendencia hegeliana, se desarrollan algunos conceptos... Pero a lo largo del libro quedan desperdigadas multitud de citas de Clarín que están necesitando un comentario. A título de ejemplo citaré dos. La primera, como índice de lo que hay de caduco y superado en su estética: «Sólo tiene de real lo que tiene lo real de no asimilable para el arte.» La segunda, como testimonio de lo actual de su pensamiento: «Cada tiempo necesita una manera propia, suya, exclusiva, de literatura.»—MARINA MAYORAL (*Bretón de los Herreros*, 65. MADRID).

DOS NOTAS BIBLIOGRAFICAS

TRES LIBROS DE PEDRO LAIN

En el transcurso de unas semanas, casi de modo simultáneo, han llegado al lector tres nuevas obras del profesor Laín Entralgo; son sus títulos *El estado de enfermedad*, *Una y diversa España* y *El problema de la Universidad*. El primero ha sido editado por la Sociedad de Estudios y Publicaciones (Madrid, 1968; 192 pp.), el segundo lo ha publicado Edhasa (Barcelona, 1968; 275 pp.) y el tercero pertenece a la colección «Cuestiones Españolas», que edita la revista *Cuadernos para el Diálogo* (Madrid, 1968; 154 pp.). Lo singular que ofrecen estos tres volúmenes, al aparecer hermanados, es que en sus textos se hace patente la triple—o mejor sería decir cuádruple—preocupación intelectual de su autor. En efecto, el antropólogo y el patólogo, el interesado, con mente historicista, por el hombre y la situación en que al existente coloca el evento de la enfermedad, es quien ha escrito *El estado de enfermedad*; el español, el preocupado, con fidelidad y lucidez ejemplares, por los problemas de su patria y de su tiempo, da nuevo testimonio en *Una y diversa España*; finalmente, el volumen *El problema de la Universidad* nos hace reencontrar al universitario, al profesor que no hace muchos meses ha cumplido sus primeros veinticinco años de servicios a la Universidad española, fecha que ha sido solemnizada con un nutrido número de la revista *Asclepio*, escrito por discípulos y amigos, y entre estos últimos, por Aranguren y Tovar, Xavier Zubiri, Maravall y Julián Marías, Dámaso Alonso y Rafael Lapesa, Díez del Corral, Chueca Goitia, Teófilo

Hernando, Rof Carballo y Sánchez Cantón, y los poetas Dionisio Rídruejo y Luis Rosales.

El problema de la Universidad es obra compuesta de cinco textos: «Examen de conciencia», «Lo que se enseña y lo que no se enseña en la Universidad española», «En torno a la libertad académica», «Ante unas sanciones» y «La Universidad en la vida española». Encabeza el volumen una nota prologal y se remata con un epílogo interrogativo titulado «Dónde está el alba de oro». En las palabras preliminares, Pedro Laín, ilustrando al lector de turno sobre el contenido del libro, escribe: «Nadie busque aquí doctrina elaborada. Cuando una víscera duele, la más inmediata respuesta al dolor es el lamento. Pero si la principal función de la víscera consiste en saber y enseñar, es de todo punto forzoso que el lamento contenga alguna indicación explicativa y diagnóstica acerca de la lesión que lo determina. Y puesto que el mejor tratamiento es el que combate con eficacia la causa de la enfermedad, algo pueden hacer estas personales reacciones para señalar las líneas principales del oportuno remedio.» Certero es, a mi modo de ver, este juicio; en todas sus partes, redactadas en distintas circunstancias, entre 1951 y 1968, el autor encara—él mismo lo confiesa—el problema de «su Universidad», y de aquí deriva lo que de «lamento» tienen las consideraciones de Pedro Laín; pero el autor, intelectual siempre, liga al lamento la reflexión, el comentario sereno, una valoración justa de los hechos; indaga, perspicaz, en sus motivaciones; apunta soluciones. Puede estar o no de acuerdo el lector con el autor; lo que ninguno podrá negar, pienso, es la ponderación y el rigor con que Laín Entralgo plantea y busca explicar ese hondo, grave y de no fácil solución «problema universitario». (Coincidencia curiosa: al tiempo de publicarse *El problema de la Universidad* aparece el esperado libro de Antonio Tovar *Universidad y educación de masas*—Ediciones Ariel, 1968—, que mucho me gustaría poder comentar como merece.)

La segunda de las tres obras de Pedro Laín, a cuya reseña se consagra esta nota informativa, la rotulada *Una y diversa España*, compuesta, como la precedente, de trabajos redactados en dispares fechas, pero aunados por una misma—y en su autor, fundamental—preocupación, constituye un conjunto armónico, y en ella se prolonga el escritor a quienes somos deudores de los ensayos recogidos, en su versión definitiva, en los dos volúmenes de *España como problema* (1956). Se reproducen en *Una y diversa España* los trabajos «La cultura española», «Guía plástica de Castilla», «Tríptico de Madrid», «Toledo: diseño de alzado» y «La obra intelectual de la España contemporánea»; el artículo «Meditación de Teotihuacán», el texto auto-

biográfico «Mi Soria pura», el estudio «Mi Maragall» y siete textos menores; cierra el volumen el escrito «Sobre el diálogo y sus condiciones». Por sus fechas, pertenecen a una época limitada por los años 1945 y 1967. En su contenido, todos los artículos y estudios mencionados, reunidos en *Una y diversa España*, dan testimonio de una actitud formulada en la introducción, y que es expuesta así: «Sin mengua de una aplicada dedicación a las dos determinaciones principales de mi oficio intelectual, la historia del saber médico y la cavilación antropológica, nunca mi irrenunciable pertenencia a la vida española ha dejado de ser estímulo—esto es, aguijón—para mi alma y mi pluma.» Lo que a estas palabras sigue, en la citada introducción, es transcripción de un amplio fragmento del prólogo («El autor habla de sí mismo»), escrito por Laín en 1965 para encabezar el volumen de *Obra selecta*, editado en tal fecha por la Editorial Plenitud. La lectura de este prólogo, sincero texto confesional, lo considero imprescindible para entender en Laín Entralgo tanto al intelectual, al escritor, como al hombre.

La última de las obras de Laín cuya edición aquí anuncio, *El estado de enfermedad*, corresponde, repitiendo palabras de su autor que acabo de citar, «a las dos determinaciones principales de mi oficio intelectual, la historia del saber médico y la cavilación antropológica»; quiero decir que en ella, en su realización, aparecen fundidos el historiador y el antropólogo, y con ambos, desde luego, el médico. Nada es preciso decir para confirmar la amplitud, la plenitud y el valor real de la obra ya realizada como historiador de la medicina por Pedro Laín, conocida y reconocida dentro y fuera de España, dentro y fuera también del círculo de los profesionales de la historiografía médica; su meditación sobre la realidad humana, de otra parte, repartida en varios títulos de lo más logrado de su obra escrita, ha permitido en fecha reciente escribir un denso comentario a Pedro Soler Puigoriol. Se comprende el interés que puede despertar el tratamiento del tema por quien tan autorizado se halla para abordarlo.

El estado de enfermedad es la versión escrita de un curso dictado en la Sociedad de Estudios y Publicaciones, editora, queda dicho, del volumen. El texto, como anticipa el autor en la «Advertencia preliminar», constituye sólo «el torso de un fragmento de un futuro libro»; esta limitación queda asimismo subrayada en el subtítulo de la obra: «Esbozo de un capítulo de una posible antropología médica». Desde aquí quiero proclamar mi personal deseo de ver convertida en realidad la empresa que este libro nos anticipa; el lector de *El estado de enfermedad*, estoy seguro, sentirá, al cerrar el volumen, idéntica